

Bajo el agua

La lluvia es un fenómeno natural que siempre esperamos con ansias, sobre todo en nuestra región de Coquimbo en donde llevamos más de 15 años de sequía con una desertificación que no para.

Las intensas precipitaciones vividas durante la madrugada del jueves y la mañana del viernes fueron un real alivio para las secas tierras de esta zona, los desastres que dejó fueron múltiples. Cada vez que el cielo decide romper su silencio y llover con fuerza, la ciudad se paraliza. No por la magnitud del agua, sino por lo poco o nada preparada que está para enfrentarla.

Esta lluvia superó las expectativas, pero sin llegar a ser un verdadero diluvio dejó calles convertidas en ríos, los pasos bajo nivel en lagunas y los cerros en amenazas de deslizamientos como lo es en caso de La Herradura en donde la tierra y piedras se deslizaron cerro abajo. Si la ciudad estuviera emplazada en el sur del país donde caen precipitaciones continuamente da la impresión de que no sobreviviría.

Las poblaciones más vulnerables, muchas de ellas asentadas en zonas de riesgo o sin urbanización adecuada, son las primeras en sentir el golpe. Techos que no resisten, calles sin evacuación de aguas, y alcantarillados que colapsan al primer chaparrón. El problema no es la lluvia, el problema es la negligencia, la falta de urbanización, jamás pensamos en que caerá agua del cielo hasta que está sucediendo.

Coquimbo ha crecido sin planificación. Se ha construido sin considerar el drenaje pluvial, y con un sistema de emergencia que, en vez de anticipar, siempre llega tarde a pesar de que el municipio está presente intentando hacer lo mejor que puede con la entrega de nylon.

Decimos que la lluvia es una bendición en tiempos de sequía, pero en nuestra ciudad se convierte en una maldición evitable. Una lluvia no debería ser sinónimo de caos, sino una prueba más que superamos con organización, infraestructura y visión de futuro.